Intenta asomarse por la rejilla de la puerta, pero es de esas de ventilación que solo permiten mirar hacia arriba y lo único que puede ver es un cable pelado con una bombilla que cuelga del techo. Su padre debió dejársela encendida la última vez que estuvo aquí, y solo se limitó a apagar los plomos.

Su padre. Le resulta extraño pensar en su padre en esta casa, con estos muebles. Su padre calzándose esas botas que hay en la estantería del garaje. Trabajando en el campo. Pero, claro, ¿quién era realmente su padre?, ¿el hombre serio que vivía para su trabajo o ese otro que que ha ido descubriendo a lo largo de las últimas semanas? ¿Y dónde encaja esta casa semi abandonada con cualquiera de esos dos Mathias? Aunque ha intentado no hacerse una idea de qué era lo que iba a encontrar en esta casa, desde luego no era esto lo que esperaba.

No, algo se le está escapando, seguro, aunque no tiene idea de qué puede ser.

Sujeta la linterna con la boca mientras escoge qué llave es la que abre la puerta. Prueba las dos que no ha usado aún y ninguna le vale; de hecho, ni entran. Murmura algo que suena parecido a «mierda» y un hilillo de saliva le resbala por la comisura de la boca. Se saca la linterna y la seca en el pantalón mientras dice un «joder» que esta vez se entiende perfectamente. No sabe muy bien qué hacer. Seguro que, como en todas las casas, hay por ahí arriba un cajón lleno de llaves, pero no le apetece nada perder ahora el tiempo buscándola, quiere saber de inmediato qué es lo que se esconde ahí detrás. Claro, que podría si no tratar de forzar la puerta; herramientas no le iban a faltar.

Pero no, no puede ponerse a destrozar una casa que no es suya, decide, así que no le va a quedar otra que subir a revolver todos los cajones. Sabe que es absurdo y que lo más probable es que solo se trate de un trastero o algo similar, pero ya no puede parar, necesita alguna respuesta.

Ilumina la cerradura y se agacha para ver de qué marca es y así poder acotar la búsqueda.

Lince. Es una de esas marcas que por alguna estúpida razón se le han quedado grabadas desde que era un niño. Las bombillas Osram y los interruptores Simon o el papel celo de Scotch. Y las llaves Lince, como aquella primera llave de casa que le dio su padre al cumplir los quince en uno de esos raros momentos de confianza que hubo entre ellos. Y ahora ya ves, aquí está él, allanando su casa como un ladrón. Prefiere no seguir pensando en ello, pero sí recuerda que la llave que abría la puerta de arriba, la que da paso a la escalera, era también de esa marca. Prueba por si acaso con ella y sí, la cerradura se abre. Ambas puertas usan la misma llave. Extraño.

Empuja la puerta pero no se abre, parece atascada. Empuja más fuerte, una, dos veces, ahora con el hombro, pero sigue sin ceder ni un milímetro. «Mierda, ¿ahora qué?», murmura. Debe haber algo, algún cerrojo, que él no ha visto. Vuelve a iluminar el marco para ver qué es lo que le impide abrir y entonces se da cuenta. La puerta se abre hacia afuera.

—Pero seré imbécil…

No hay un picaporte, así que tiene que tirar con la llave. Aún así le cuesta un poco abrirla, como si rozase en el suelo, tanto que una vez abierta una rendija tiene que meter los dedos para conseguir abrirla del todo.

Según entra lo primero que ve es un depósito blanco del que salen tres o cuatro tuberías con válvulas de grifo y, junto a él, un calentador pintado de rojo y con varios botones y lo que parecen ser relojes o termómetros en el frontal. Es solo el cuarto de la caldera, de ahí la rejilla en la puerta. Aunque esto debería ser un alivio, no puede evitar sentirse un poco decepcionado.

Se acerca y se fija un poco más. La pintura del depósito tiene varios desconchones que dejan ver el metal oxidado que hay por debajo, y unos cables pelados asoman por detrás del calentador. Además, una de las tuberías está desconectada. Todo tiene aspecto de antiguo, dejado. No, esta caldera no está en uso, debe haber otra más moderna en algún otro lugar de la casa. Pero entonces, piensa, ¿por qué narices estaba la luz encendida? No puede haberse quedado

así desde que la cambiaron.

Hay otra puerta de madera a la izquierda del cuarto de calderas. La abre. Es un aseo. Un lavabo y un espejo en frente y un váter a la izquierda. Tanto el alicatado como el suelo son blancos, sin ningún tipo de dibujo y, al contrario que en el cuarto de la caldera, el aseo está completamente limpio. Impoluto. Todo, los baldosines, los sanitarios, los grifos, parece mucho más moderno que los baños de arriba o que el resto de la casa. Eso también le extraña. Se queda un momento ahí, en el quicio de la puerta, tratando de entender la razón de construir un baño aquí abajo junto a una antigua caldera. Y medio escondido bajo el hueco de la escalera y detrás de una puerta con llave. Lo único que se le ocurre es que esté hecho para que alguien ajeno a la casa, un guardés o algo así, pudiese tener acceso a un servicio sin entrar en el piso de arriba. Pero entonces tampoco tiene mucho sentido usar la misma cerradura en las dos puertas.

Se mete dentro para ver si hay algún armario o algún perchero donde haya algo que le aclare quién lo utilizaba, pero lo que descubre ahí detrás no es un armario sino una ducha tapada con una llamativa cortina, amarilla con submarinos azules, como infantil. Cerrada. No es un aseo sino que es un baño completo. Aquí abajo. Ya no entiende nada.

Ve la puerta cuando descorre la cortina.

Es también blanca y parece blindada. Su sola presencia ahí, al otro lado del plato de ducha donde solo debería haber una pared, desafía cualquier tipo de lógica. Además no hay cerradura sino que tiene cuatro enormes cerrojos sin llave, dos que cierran contra la pared, otro contra el techo y el último contra el suelo. Y una mirilla en el centro, casi un ojo de pez.

—Coño.

Es lo único que se le ocurre decir. Se mete en la ducha para intentar mirar por ella. No se ve nada. Sea lo que sea lo que hay al otro lado, está completamente a oscuras. Las manos le tiemblan cuando empieza a abrir el primer cerrojo.

También tiene que empujar para abrirla. Desde luego, a juzgar por el peso, sí que está blindada y además parece como si tuviese por debajo algún tipo de burlete que la hace deslizar aun peor. Mete la mano y tantea la pared de dentro en busca de un interruptor, pero no encuentra ninguno. No se le ocurre coger la linterna sino que se pone a buscarlo por fuera, en el baño.

Está en esa misma pared, al otro lado de la cortina de la ducha. Lo pulsa.

Es una habitación grande y también completamente blanca, pero aquí el alicatado no sólo incluye las paredes sino que llega hasta el techo. Lo único que no está cubierto de baldosines son los cuatro focos halógenos, empotrados en el techo y protegidos por una gruesa reja metálica, que dan a la habitación esa luz como de quirófano. En el centro, fijada al suelo, hay algo que parece una camilla de metal brillante, solo que bastante más pequeña. Tiene cinchas de cuero en cada una de las patas.

—Joder, joder, joder, joder.

Su voz suena casi como un gemido. Le tiemblan las piernas además de las manos y siente como si alguien le estuviese retorciendo el estómago. Da dos o tres pasos dentro de la habitación. Lo mira todo, no puede parar. Las rejas del techo, la camilla, las cinchas, el desagüe en el suelo blanco.

—¿Qué es esto?, joder, ¿qué?

Repite lo mismo una y otra vez mientras se queda ahí quieto, embobado, a un paso y medio de esa camilla que no puede ser una camilla porque ahí no cabe nadie tumbado, seguro que no. ¿Pero entonces qué es? ¿Para qué? Su cuerpo no se mueve aunque él querría darse la vuelta y salir corriendo escaleras arriba y coger su coche y no parar hasta llegar a Madrid y olvidarse de esto, de esta habitación, de la casa, de su padre, de todo. Porque hay algo malo, esa habitación es algo malo y él lo sabe pese a que no quiere saberlo.

Lo sabe.

Primera parte

uno

—Ha estado bien, ¿no? Ha sido bonito. Y el día ha acompañado con este sol.

—Sí.

—Y había un montón de gente. Sí, yo creo que a él le habría gustado. Ver tanta gente, tantos amigos. Estaba todo el…

Enma se frena antes de terminar la frase con la esperanza de que él no se haya dado cuenta. Abel ni siquiera contesta, sigue conduciendo con ambas manos fijas en el volante y sin quitar la vista del tráfico. Si Enma hubiese estado mirando, tal vez se habría dado cuenta de que por un momento han llegado a ponérsele los nudillos blancos de tanto apretar el volante de cuero. Pero ella no le está mirando a las manos, ella le mira a la cara y el gesto de su marido apenas ha cambiado. La misma cara de antes, la misma que tiene desde antes de ayer, desde que recibieron la llamada. Serio, triste.

Aunque también es cierto que no le ha visto derramar ni una sola lágrima.

Continúa el silencio hasta que llegan casi bajo el cartel azul de la autopista. Entonces él pregunta:

—¿Norte o sur?

—¿Pero vas a ir por la M30? ¿No sería mejor ir por el centro y atravesar?

—No quiero atascos. Hoy no. No puedo.

—¿A estas horas? Son las doce y pico, no creo que haya atasco a esta hora. Bueno, no sé, pues ve por el norte. Es igual.

Finalmente toman el desvío de la izquierda, hacia el sur.

—¿No ibas a ir por el norte? —pregunta ella.

—Por aquí es más corto.

Pero según giran por el desvío, antes incluso de incorporarse a la autopista, se la encuentran totalmente colapsada. Los tres carriles de la derecha son una masa compacta de coches parados. Y por los del centro no parece que la cosa vaya mucho mejor. Abel tiene que dar un frenazo.

—¡Joder!

Luego golpea el volante. Una, dos, tres veces. Muy fuerte.

—¡Joder!, ¡joder!, ¡joder!

Enma lo mira, sobresaltada por un instante. Él no es así. Se le ha puesto la frente roja, brillante, hasta hacerle parecer casi más pelirojo que rubio, como se pone cuando le da demasiado el sol. Y tiene la mandíbula tan apretada que parece que se le fuese a salir. No, él no es así.

Ella le pone una mano en la pierna, un poco como una caricia, pero también como freno.

—No sé, debe haber algo, un accidente o algo de ese estilo. Pero no te preocupes, nos salimos ahora en la próxima y arreglado. Ya está, cariño, no pasa nada.

—Claro que pasa, Enma. Vamos a llegar a las mil. Y los niños estarán ya en casa y no hemos ni hecho la comida y…

Se afloja el nudo de la corbata y se suelta el botón. Le aprieta. Tal vez debería volver a hacer régimen.

Ella le habla dulcemente mientras sigue acariciándole la rodilla.

—En serio, no pasa nada. Le he dicho a mi hermana que por si acaso dé ella de comer a los niños. De todas formas, con todo este lío, casi están hoy mejor con sus primos.

Aunque están totalmente parados, él ha vuelto a agarrar el volante con las dos manos y

mira fijamente hacia la carretera. Le sigue un silencio, ella mirándole con la mano posada en su pierna y él respirando muy fuerte y rígido como un piloto en plena carrera.

—Lo, lo siento, es… todo este día, lo de mi padre, Damián, todo. Lo siento.

Ahora Enma le ha puesto la mano en la mejilla, que aún sigue tan colorada que la nota casi caliente.

—No hace falta que te disculpes, ¿pero cómo vas a estar? —Hace una pausa, siempre sin dejar de mirarle— ¿Cómo estás?

Abel tarda en contestar.

—¿Que cómo estoy? Pues mal, Enma, cómo quieres que esté. Acabo de enterrar a mi padre. Y encima ese hijo de… ese, ese cabrón no se ha dignado a venir, no le ha dado la real gana. Y ni siquiera avisa ni dice nada —ahora sí se vuelve hacia ella. Ha alzado la voz y vuelve a tener la cara, la frente, tan rojas que parecen casi encendidas—. Y yo teniendo que decirle a todo el mundo que ha tenido problemas con el vuelo, que está intentando venir y no sé qué más estupideces, ya no sabía qué inventar. Como un gilipollas, así me he sentido, como un auténtico gilipollas. Pero ¿cómo voy a decírselo?, ¿eh?, ¿cómo voy a decirle a la gente que no le ha dado la gana montarse en un avión para venir al entierro de su padre? ¿Damián? No, mira, no ha venido. Estaba tan afectado, tan afectado, que debe ser que no ha tenido ni fuerzas para sacarse el billete aunque cualquier imbécil con un ordenador o un teléfono puede sacárselo. Vamos, digo yo, porque a mí no me ha dicho ni mu; nada desde que le llamé para decírselo. Sí, claro, por supuesto, ya iré. Y poco más. Pero luego, cuando le llamo para ver en qué vuelo viene para ir a recogerlo en el aeropuerto, entonces ya ni me coge el teléfono. Oye, somos hermanos y ha muerto nuestro padre, pero no, ¿para qué va a cogerlo? Aunque le haya llamado no sé cuántas, ¿mil veces?, ¿dos mil? Pero nada, él no, no coge el teléfono. Nada, cero, silencio.…

Lo ha dicho, gritado, todo seguido, casi sin respirar. Enma no se atreve a interrumpirle, ni

siquiera cuando ve que la furgoneta azul que llevan delante empieza a moverse. Sin una razón aparente, quizás porque se hayan ido las grúas o los policías o lo que hubiera un poco más allá, lo que antes era un denso enjambre de coches empieza poco a poco a ordenarse y a circular con fluidez. Abel solo reacciona tras el segundo bocinazo del coche de atrás. Entonces se vuelve, mira por un instante la carretera como tratando de entender y, por fin, mete la marcha.

—Mal, Enma, así estoy. Mal. —dice cuando acelera.

Ahora, paseando junto a ella por la calle, Abel parece casi otra persona. Su cutis ha vuelto a recobrar el color pálido habitual y tiene otra vez ese andar pesado como de oso tranquilo. Se ha quitado la corbata negra, pero no la chaqueta, un ejecutivo que pasea de la mano con su mujer, ridículamente pequeña a su lado. Aunque sigue luciendo el mismo sol de por mañana, se nota que las tardes se van acortando y empieza a hacer incluso algo de fresco. En la acera, los alcorques ya se colorean con el amarillo de las hojas caídas. Es otoño pese a que este año las lluvias se sigan resistiendo a llegar.

En vez de comer en casa, ella ha insistido en acercarse a Infantino a picar cualquier cosa. Así me ahorro el lío, le ha dicho, aunque la verdad es que, después de su estallido en el coche, le asustaba un poco la idea de volver a meter a Abel entre cuatro paredes.

Pero durante la comida no han hablado del entierro ni de Damián o de su padre. Ha sido, casi, como si él se hubiese tomado un día de asueto en el despacho para venir a comer con su mujer; un poco como las cosas que hacían antes, antes de los niños, antes del ascenso y de tanto lío de trabajo; antes de todas esas cosas que han convertido su matrimonio en algo a veces más aparente que real. Casi como entonces.

Casi, porque aunque no lo hayan hablado, Damián y Mathias han seguido ahí,

revoloteando entre las conversaciones banales o tras cada pásame el pan.

Luego, después de comer ha sido él quien ha propuesto el paseo. Han cruzado bajo las vías por donde el parque nuevo y han seguido andando sin rumbo fijo más allá de la autopista, entre chalés y urbanizaciones a medio hacer. Ella ha hablado antes con su hermana. Los niños querían ir al cine con sus primos y lo más seguro es que luego pidan quedarse allí a dormir, así que no tienen ninguna prisa. De vez en cuando Enma le señala algo, un arce con la copa ya completamente teñida de rojo, una valla de piedra vieja, un perro… Y entonces él responde y charlan un momento, cuatro, cinco frases, y luego continúan caminando, disfrutando sin más del sol de la tarde. Ella está encantada, aunque Abel, eso sí, no puede evitar mirar a cada poco su teléfono. A la cuarta o quinta vez que lo saca del bolsillo interior de su chaqueta, Enma se lo dice:

—¿Por qué no le llamas?

—¿A quién?

—A Damián, ¿no es eso lo que estás mirando?

Él guarda su teléfono y no responde. Pero después de quince, veinte, pasos, vuelve a pararse y mira a su mujer.

—Es que no puedo entenderlo, de verdad que no. ¿Cómo ha podido no venir?

—Pues llámalo.

—Le he llamado quince veces.

—A lo mejor le ha pasado algo, no sé, y estamos aquí criticando. Tampoco es normal que no coja el teléfono.

—Sí, sí es lo normal, no nos engañemos; no es ni la primera ni la segunda vez que me lo hace. Y a mi padre se lo hacía igual las pocas veces que le llamaba. Y luego, cuando le da la gana, responde tan normal como si no hubiese pasado nada, sin una sola explicación, haciéndote

encima pasar por un exagerado.

—Ya, pero no va a hacerlo con esto. No con algo así.

Han seguido andando y ahora Enma va agarrada, casi colgada por la diferencia de altura, del brazo izquierdo de él, que lleva las manos en los bolsillos.

—Es que… no sé, tenías que haberle oído cuando llamé para decírselo. Fue tan frío, tan… parecía como si no le importase lo más mínimo. Le dije que había tenido un infarto y lo único que preguntó fue: «¿Pero se ha muerto?». Nada más. No sé, casi como si lo desease.

—No, no puedes pensar eso. Pese a todo es tu hermano.

—Y luego no viene al entierro y no dice nada. ¿Qué voy a pensar?, ¿qué quieres que piense?

Ella no sabe qué contestarle. Abel sigue hablando.

—Que sí, que han tenido sus cosas. Y papá era… bueno, ya sabes cómo era. Tan seco, tan reservado, tan… tan distante a veces, ¿no?

Y después, como respondiendo a una pregunta que Enma ni siquiera ha pensado, añade:

— Vale, sí, era un bicho raro, pero de ahí a eso, no sé. No, no puedo entenderlo.

—Es que no tiene sentido. Porque tampoco estaban peleados, ¿no?, se hablaban de vez en cuando.

—Pues tú me dirás. Si negarte a ir a su entierro no es estar peleados, no sé qué es.

—Es a lo que me refiero, cariño, que no es normal. Si se hablaban de vez en cuando y tenían una relación más o menos… No sé, no va a dejar de venir a su entierro porque sí.

—Bueno, por lo que sé era mi padre el único que llamaba. Y tampoco te creas que mucho, la mayor parte de las veces era yo el que hacía de intermediario… No sé, no hay quién entienda a ninguno de los dos.

Luego, cuando se da cuenta de lo que ha dicho, añade, otra vez con el gesto triste de estos

dos días:

—Entendiese. No hay quién los entendiese.

Enma se aprieta un poco más fuerte contra el brazo de él como para darle cariño, aunque también es cierto que empieza a refrescar según va cayendo la tarde. Continúan andando en silencio.

Es ella la que vuelve a hablar después de un momento.

—A ver, ya sabes que yo con tu hermano… no sé, no le entiendo. Y tengo la sensación de no conocerle y me pone un poco nerviosa, pero…

—Esto no va de ti y de él, Enma. Esto es sobre mi familia.

Abel ha recalcado ese «mi». Se ha parado y la mira desde ahí arriba, desde lo alto de su metro noventa y pico.

—No, no me estás entendiendo, no hablo de mí, hablo de los niños.

—¿Qué pasa con los niños?

—Pues ya sabes, todo ese jueguecito que se trae con Rodrigo y la preferencia que tiene con él. Que estén siempre como si no pudiesen separarse cada vez que viene, venga secretos por un lado y por el otro. No sé, me da… me da grima, qué quieres que te diga. Además luego es muy manipulador y anda siempre malmetiéndolo contra su hermana. Y a Marta le hace daño.

Él asiente con la cabeza y vuelve a andar. Es cierto que lo han hablado a veces, aunque hasta ahora él nunca ha terminado de estar muy de acuerdo.

—Tampoco es que sea tan raro, ¿no? Y Rodrigo está encantado con él. Supongo que no tiene ni idea de cómo tratar con Marta. Es lo normal, si es que hasta a mí me cuesta a veces entenderla. Tú has tenido hermanos y hermanas, pero nosotros éramos dos chicos solos y en esa casa no había precisamente muchas chicas con las que interactuar. Mi padre no volvió a salir con nadie desde lo de mamá, al menos que yo sepa. Y si lo hizo desde luego yo nunca la vi. No sé, ni

él ni yo estamos acostumbrados a tratar con niñas.

—Ya, pero una cosas es ser torpe con las chicas y otra es eso. Y además, no es solo que no trate bien a Marta, es sobre todo lo del niño. Es… no es sano, no me gusta. Pero de todas formas, a lo que iba, no…

—¿Entonces qué es lo que estás queriendo decir? No sé si quiero que sigas por ese camino, Enma, no creo que este sea el día. Estás hablando de mi hermano.

Ella nota perfectamente la tensión en el brazo de Abel. Está volviendo a enfadarse.

—Pero si es que no me estás entendiendo. Te estaba diciendo justo lo contrario, que por mucho que sea como es y tenga sus cosas, de verdad estoy convencida de que si no ha venido es porque le ha pasado algo. No habría faltado al entierro así como así.

Abel se frena y se suelta lentamente del brazo de ella. No lo hace con brusquedad, pero sí con firmeza

—Tienes razón, no te estoy entendiendo porque la verdad es que no hay quién te entienda, Enma. Primero le acusas poco menos que de ser un monstruo con nuestros hijos y luego te dedicas a defender lo indefendible.

—No estoy intentando defender… solo quiero…

—Pues si no lo vas a defender no lo defiendas, Enma. Yo sé lo que me dijo y cómo me lo dijo. No ha querido venir y punto. No ha querido honrar a su padre en el día de su entierro, esa es la única realidad. Y luego está cómo me deja esto a mí, que esa también es otra. No le ha importado nada de nada dejarme a mí dando la cara por él ante todo el mundo en el entierro. Yo creo que no he pasado más vergüenza en mi vida.

—Bueno —ella trata de que su tono suene apaciguador—, esa sí es típica de él. Lo que dice siempre, que la vergüenza la pase otro. Pero has estado muy bien, de verdad, nadie se ha quedado con una idea rara.

—No, solo que de dos hermanos ha faltado uno. Nada raro.

Abel vuelve a sonar cortante y tiene otra vez la frente colorada. Enma sigue insistiendo.

—Ya, pero todo el mundo ha pensado que no había podido llegar por problema de vuelos. Me lo han estado diciendo tus tías, las alemanas, que qué lástima que no hubiese podido estar. Y Esteban y ese otro más gordo, también del bufete de tu padre, lo mismo. Y además, qué más da. Si alguien queda mal con esto es él, no tú.

—Pues sí que me importa. Es la imagen de mi familia, no solo la suya. Si la gente se pone a pensar y a hablar cosas raras y a buscar por qué no ha venido, qué es lo que pasaba entre ellos, estarán hablando de mi familia. De Damián, sí, pero también de mi padre y de mí, de todos. No solo de él. Pero claro, dime a mí qué le importa a él todo eso, allá en La Paz. Nada, no le importa un carajo.